

PRÓLOGO

Henry S. Salt nació en la India británica de 1851, en la ciudad de Nainital, en el estado de Uttarakhand, situado en el Himalaya, si bien su familia, de clase acomodada, se trasladaría a Inglaterra cuando Henry contaba con un año de edad. La relación con su padre no era buena, pues a juicio de Salt no trataba bien a su madre, y pasaría gran parte de su infancia con su abuelo materno, C. B. Allnatt, un abogado que residía en Shrewsbury, ciudad inglesa a orillas del río Severn.

Su familia le envió a estudiar al condado de Dorset, al sur de Inglaterra, con el fin de prepararse con C. Kegan Paul para poder estudiar en el internado Eton. Por descontado, Henry fue admitido en el que era, y todavía es, una de las escuelas más prestigiosas del mundo, y donde transcurriría el periodo más feliz de su vida. A diferencia de otros reformistas, era una persona amigable, que no detestaba a sus semejantes, aunque reprobara la moralidad de sus convicciones; ello le permitió conocer durante su estancia en Eton a amigos con los que mantendría el contacto durante largo tiempo. Igualmente, fue en esta época en la que Salt comenzó a aproximarse a las ideas del vegetarianismo, así como a la vida minimalista, defendida por su “maestro” Thoreau. Era una persona abierta, que rechazó desde su juventud la intolerancia. Constituye un claro ejemplo de esta actitud su frontal oposición a las consecuencias que tenían lugar, en el Eton de la época, internado masculino, cuando se detectaban “escándalos” de homosexualidad. Sin embargo, y a pesar del gran impacto positivo que tuvo sobre el autor su estancia en dicha escuela, criticaría duramente su sistema educativo, oponiéndose a la excesiva importancia que se daba a la actividad física en comparación a los aspectos intelectuales. Al terminar, lograría ser admitido para estudiar en la universidad de Cambridge, si bien, a pesar del prestigio

de esta, las críticas por parte de Henry no podían ser más duras, especialmente por la escasa enseñanza acerca de cuestiones éticas; en palabras del propio autor:

«the weightiest charge against the University education is the one which least often finds expression —that a learning which would strengthen the intellect only, and does not feed the heart, is in the main but barren and unprofitable, a culture of the *literæ inhumaniores*».¹

Las críticas de Salt al sistema educativo recuerdan mucho a las que el propio Thoreau plantearía décadas antes respecto de su estancia en la universidad de Harvard:

«Años después de graduarse, Thoreau seguía teniendo poco bueno que decir de su educación universitaria. Cuando Emerson comentó en una ocasión en compañía de otra gente que, después de todo, en Harvard se enseñaban todas las ramas del aprendizaje, Thoreau replicó: “sí, desde luego, todas las ramas y ninguna de las raíces”.²

Los paralelismos entre ambos autores, como veremos, son notables a lo largo de toda la vida de Salt.

A pesar de las críticas de Henry al sistema educativo, y en especial al colegio Eton, aceptaría una oferta para trabajar como profesor en el mismo. Sus discrepancias con el centro continuarían, si bien ahora desde la perspectiva del maestro. Las nuevas ideas de la época estaban totalmente vetadas en las aulas; se daba prioridad a lo religioso frente a lo científico, y el énfasis sobre la cortesía era excesivo, llegando a imponerse la forma sobre el fondo. A ello se añadía el hecho de que el equipamiento de las clases y el apoyo por parte de la dirección

¹ Henry S. Salt, *Seventy Years Among Savages*, citado en Leela Gandhi, *Affective Communities*, Duke University Press, 2006, p. 103.

² Robert Richardson, *Thoreau, biografía de un pensador salvaje*, Errata naturae, 1ª edición, 2017, p. 27.

eran, según el autor, irrisorios. Durante esta época de profesor se casaría con Kate, quien le acompañaría durante años. A este respecto, es de relevancia el prefacio escrito por su buen amigo B. Shaw para el libro *Salt and his circle*,³ en el que señaló que ella era homosexual y que nunca llegó a consumir su matrimonio. Igualmente, fue en esta época cuando tuvo lugar el asentamiento de la ideología que le acompañaría durante el resto de su vida, particularmente el racionalismo, por influencia de los trabajos del pensador y poeta P. B. Shelley.⁴ También en este momento se fue aproximando al vegetarianismo tras la lectura de *Ethics of Diet*, una antología elaborada por H. Williams que recoge el pensamiento sobre el vegetarianismo de los más destacados autores desde la antigüedad, incluyendo filósofos como Pitágoras o Platón, hasta una época más actual, con figuras tan destacadas como Schopenhauer o Wagner. Merece especial mención un párrafo del prefacio de dicho libro:

«there are steps on the way to the summit of dietetic reform, and if only one step be taken, yet that single step will not be without importance and without influence in the world. The step which leaves for ever behind it the barbarism of slaughtering our fellow beings, the mammals and birds, is, it is superfluous to add, the most important and influential of all».

Postura que Salt haría suya, defendiendo las reformas graduales, y prefiriendo un paso pequeño a ningún avance,⁵ lo

³ Stephen Winsten, *Salt and his circle*, Hutchinson, 1951.

⁴ «Whilst Salt was a master at Eton he read papers on Shelley and discovered that many fellow masters considered Shelley a disgrace to the institution. Although Shelley was not the only influence on Salt he was one of the earliest and most important ones. Salt's first full-length study of the poet was A Shelley Primer, published by the Shelley Society in 1887. Salt makes it clear that the poet should be seen as both an artist and pioneer of reform.». En <http://www.henrysalt.co.uk/critic/percy-bysshe-shelley>.

⁵ «They are, moreover, well aware that a change of this sort, which involves a reconsideration of our whole attitude towards the "lower animals," can only be gradually realised; nor do they invite the world, as their opponents seem to imagine, to an immediate hard-and-fast decision, a revolution in national habits which is to be discussed, voted, and carried into effect the day

cual queda patente en *La lógica del vegetarianismo*. Su renuncia y rechazo a comer animales resultó escandalosa en Eton. El autor opinaba que sus compañeros de trabajo: «were but cannibals in cap and gown —almost literally cannibals, as devouring the flesh and blood of [...] animals [...], and indirectly cannibals, as living by the sweat and toil of the classes who do the hard work of the world». ⁶ Ello, unido a las notables discrepancias con el director de la escuela, impulsó a Henry a dejar su trabajo y tomar un estilo de vida thoreauviano; en palabras de B. Shaw: «As soon as he had saved enough to live with a Thoreau-like simplicity in a laborer's cottage in the country (he had no children) he threw up his post and shook the dust of Eton off his feet». ⁷

Se trasladaría, pues, con Kate, a Tilford, pequeño pueblo del condado de Surrey, al sur de Inglaterra. Allí comenzaría una vida sencilla, minimalista, exclusivamente con lo necesario, en una casita de campo. Una vez más, los paralelismos con Thoreau resultan evidentes. A partir de este momento, invertiría todo su intelecto y esfuerzo en apoyar las causas en las que creía. Entró en contacto con los intelectuales socialistas de la época, que fundamentalmente se agrupaban en torno a tres asociaciones: la *Social Democratic Federation*, que divulgaba sus ideas a través de su revista *Justice*; la *Fellowship New Life*, editora de *Seed-Time*, y la *Fabian Society*, con *Today*. Colaboró con las tres organizaciones y escribió para las revistas de todas ellas. Sin embargo, parece que nuestro autor sintió especial vinculación con la *Fellowship New Life*, inspirada por el pensamiento del trascendentalismo

after to-morrow, to the grievous jeopardy and dislocation of certain time-honoured interests. They simply point to the need of progression towards humaner diet». En Henry S. Salt, *The Humanities of Diet*.

⁶ Henry S. Salt, *Seventy Years Among Savages*, citado en George Hendrick, *Henry Salt, Humanitarian Reformer and Man of Letters*, University of Illinois Press, Urbana Chicago London, colaboración de John F. Pontin, 1977, p. 20.

⁷ *Ibidem*, p. 141.

emersoniano, más que por un socialismo de corte marxista, lo que implicaba, entre otras cuestiones, que, para tal asociación, la reforma de uno mismo, esto es, del individuo, antecediase en el tiempo a la reforma de la sociedad. Llegado cierto momento, un grupo de miembros consideraron que este planteamiento no conducía más que a posponer *sine die* la reforma social; surgiría, así, la *Fabian Society*. Henry también formó parte de esta última, manteniéndose al mismo tiempo dentro de la *Fellowship New Life*, si bien optaría por abandonar posteriormente la *Fabian Society* cuando esta dio apoyo a la Guerra Bóer, aunque no rompió su relación personal con los miembros que la conformaban, lo que ratifica, una vez más, la actitud tan tolerante de nuestro autor. Es de destacar, de nuevo, el paralelismo de Salt con Thoreau cuando el primero se negó a unirse a la *Fellowship House* que la *Fellowship New Life* había establecido en Londres para sus miembros. Tal y como apunta R. Richardson en su biografía sobre Thoreau:

«invitaron a Thoreau a unirse a la Granja Brook, como terminó llamándose la comunidad. [...]. Pese a que su escuela estaba fracasando y a que no sabía lo que iba a hacer a continuación, rechazó la invitación, aparentemente sin dudarle un momento. En tono áspero, escribió para sí: “Con respecto a esas comunidades, creo que preferiría conservar mi habitación de soltero en el infierno que tener pensión completa en el cielo”».⁸

En el año 1891, Salt se reuniría en Londres con un pequeño grupo de intelectuales que compartían lo que él denominaba “pensamiento humanitarista”: «humanitarianism, in the ethical sense —wholly distinct from the theological—, is the deliberate and systematic study of humane principles, the attempt to show that humaneness is an integral part, if not the

⁸ Robert Richardson, *Thoreau, biografía de un pensador salvaje*, Errata naturae, 1ª edición, 2017, p. 142.

actual basis, of morals».⁹ En tal reunión se inauguraría la Liga Humanitaria, que tenía como fines «the emancipation of men from cruelty and injustice» y «the emancipation of animals».¹⁰ La divulgación de las tesis de la organización se llevaría a cabo a través de dos revistas: *Humanity* (más tarde renombrada como *The Humanitarian*) y *The Humane Review*. La Liga incluía algunos miembros no vegetarianos, si bien favorables a la disminución de la crueldad dirigida contra los animales, por lo que podían encontrar muchos puntos en común. Claro ejemplo de ello fue la defensa que hizo la Liga del abandono de los mataderos privados y su sustitución por mataderos de corte público que utilizasen métodos más “humanos” de matar. Se mostraron también favorables a la mejora de las condiciones del transporte de ganado, pues causaba un importante sufrimiento a los animales. Sin embargo, la Liga no se limitaba a cuestiones vinculadas al bienestar animal. Ello queda patente con sus demandas de modificación de la ley penal, que, sostenían, debería dejar de concebir la pena privativa de libertad como un castigo, para comenzar a ser considerada un medio de reforma del preso. Estos son meros ejemplos de un programa político mucho más amplio, que abarcaba otros puntos como la lucha contra las agresiones por parte de los profesores a sus alumnos, la oposición a la práctica de la vivisección, la reducción armamentística internacional o la mejora en el trato a las razas sometidas en las colonias. En definitiva, la Liga fue un instrumento a través del cual se canalizarían múltiples reivindicaciones que tenían como raíz común la disminución del sufrimiento; en palabras del propio Salt:

⁹ Henry S. Salt, *What is humanitarianism?*, en: <http://www.henrysalt.co.uk/bibliography/essays/what-is-humanitarianism>.

¹⁰ George Hendrick, Henry Salt, *Humanitarian Reformer and Man of Letters*, University of Illinois Press, Urbana Chicago London, colaboración de John F. Pontin, 1977, p. 57.

«It is not this bloodshed, or that bloodshed, that must cease, but all needless bloodshed—all wanton infliction of pain or death upon our fellow-beings. Only when the great sense of the universal kinship has been realized among us, will love cast out hatred, and will it become impossible for the world to witness anew the senseless horrors that disgrace Europe today».¹¹

No obstante, la Liga tuvo que cesar su actividad en 1919 debido a dos razones, tal y como G. Hendrick apunta en su biografía sobre Salt. El primer motivo fue la edad de sus miembros, que ya era elevada, pero todavía más importante fue el hecho de que el pensamiento humanitarista no terminaba de calar en una sociedad que se había adentrado en la I Guerra Mundial, y que cada día incrementaba más su interés por ideas basadas en el odio y la violencia. Ese mismo año, la mujer de Salt, Kate, fallecería, y nuestro autor se sumergió en una profunda depresión. Se volvería a casar, lo cual le ayudaría a salir de la misma y a escribir nuevas obras. Siguió participando en asociaciones políticas, si bien con un papel más pasivo. De destacar es su asistencia a la reunión de la *London Vegetarian Society* en 1931, en la que el pacifista Gandhi sería ponente. Durante su intervención lanzaría profundos halagos hacia Henry, y señalaría lo importante que fue para él leer *A plea for vegetarianism*, obra que había publicado en 1886.

Nuestro autor fallecería en Brighton, en 1939, a la avanzada edad de 88 años, dejándonos un legado literario de valor incalculable. Entre sus obras más relevantes cabe destacar *Animals' Rights*, que es una de las primeras grandes obras de la historia que trata con solidez la cuestión de los derechos de los animales; la citada por Gandhi, *A plea for vegetarianism*, formada por nueve ensayos en los que el autor reflexiona acerca de la dieta, tratando cuestiones como el canibalismo, la salud y la ética, y *The logic of vegetarianism*,

¹¹ *Ibidem*, p. 84.

obra traducida por primera vez al castellano en esta edición y en la que el autor analiza los argumentos más utilizados en contra del vegetarianismo, recurriendo a la forma del diálogo para la exposición de su pensamiento. Una segunda faceta de Salt fue la de crítico literario, que aprovechó para dar a conocer al público autores que consideraba afines a su pensamiento. Entre otros, destacan sus escritos sobre Thoreau, con el fin de divulgar sus ideas, así como las publicaciones que realizó sobre Shelley, cuyas poesías influyeron notablemente en el pensamiento de Salt, particularmente en materia de vegetarianismo. Igualmente, publicó algunas obras sobre su propia vida, destacando *Seventy Years Among Savages*, en la que describe y critica las prácticas alimentarias de sus compatriotas. Su labor literaria se plasmó también en sus traducciones, principalmente de autores clásicos, así como sus antologías, de las que cabe mencionar *Selections from Thoreau*, que tenía como objetivo incrementar la reputación de tal autor en Inglaterra, y *Songs of freedom*, recopilatorio de poemas ingleses y americanos de corte ideológico escritos por personas tan destacadas como Byron, Wordsworth o el propio Shelley.

En definitiva, podemos afirmar que Salt dedicó toda su vida a luchar por sus ideales, tanto desde el ámbito académico como desde la divulgación, impulsando así no solo su propio pensamiento, sino también el de aquellos a quienes más admiraba. Sin embargo, el objetivo de un prólogo no consiste únicamente en escribir sobre la vida del autor, sino, como la propia etimología del término indica, posicionarse “en favor de”, es decir, remarcar la relevancia de la obra prologada; tratar de transmitir al lector la trascendencia de esta.

A mediados del siglo XX, F. A. Hayek, de la Escuela Austríaca, esbozaría su concepción de los cambios sociales en un trabajo titulado *The Intellectuals and Socialism*.¹² En él

¹² Friedrich von Hayek, *The Intellectuals and Socialism*, University of Chicago Law Review, Spring 1949, University of Chicago Press.

plantearía que las alteraciones en la forma en que los individuos conciben el mundo, de su “cosmovisión”, se producen a partir de unas pautas concretas, una estructura definida que puede ser aprovechada para influir en la sociedad. Con el fin de comprender tal proceso es útil imaginar una pirámide dividida en cuatro niveles. En la cúspide, o primer nivel, se situaría el mundo teórico, donde se crean y desarrollan unas ideas y se eliminan otras. Es la batalla puramente académica, que se libra principalmente desde las universidades, y cuyos actores son los “especialistas”. Este nivel es el motor de la maquinaria, razón por la cual era considerada por Hayek como el más relevante a largo plazo y al que dedicaría la mayor parte de su esfuerzo. Por debajo, en el segundo nivel, se sitúa la batalla de la difusión de ideas, librada por los “intelectuales”, a los que el autor describe como «professional secondhand dealers in ideas», es decir, agentes que toman las tesis creadas en el primer nivel para extenderlas entre la sociedad civil, como sucede con los profesores, periodistas o escritores; sin duda alguna, en este nivel los *think tanks* juegan un papel esencial.¹³ El término que emplea el autor, “intelectual”, puede resultar algo confuso en castellano, pues solemos asociar este concepto a los actores del primer nivel (a los especialistas o teóricos). Las características de la batalla de este segundo nivel son claramente distintas a las del primero, y el objetivo ya no es alcanzar una “verdad”, sino hacer que las ideas “permeen” al tercer nivel, constituido por los ciudadanos de a pie. Así, el segundo nivel no es, ni más, ni menos, que el nexo de unión

¹³ Como señala el propio Hayek: “The class does not consist of only journalists, teachers, ministers, lecturers, publicists, radio commentators, writers of fiction, cartoonists, and artists all of whom may be masters of the technique of conveying ideas but are usually amateurs so far as the substance of what they convey is concerned. The class also includes many professional men and technicians, such as scientists and doctors, who through their habitual intercourse with the printed word become carriers of new ideas outside their own fields and who, because of their expert knowledge of their own subjects, are listened with respect on most others”. *Ibidem*.

entre el mundo teórico y la sociedad civil, de modo que son los intelectuales quienes deciden qué tesis y con qué perspectiva llegan al ciudadano ordinario, por lo que la lucha en este nivel resulta también crucial; en palabras del propio Hayek:

«Even though their knowledge may often be superficial and their intelligence limited, this does not alter the fact that it is their judgment which mainly determines the views on which society will act in the not too distant future».

Y, añade,

«it is their convictions and opinions [las de los intelectuales] which operate as the sieve through which all new conceptions must pass before they can reach the masses».

El cuarto y último nivel podría estar formado por la clase política, que traduce concepciones de los ciudadanos en votos para transformar la sociedad por la vía legislativa. No cabe duda de que esta tesis de Hayek es incompleta, ya que, entre otras cuestiones, no recoge de manera detallada las interrelaciones que pueden tener lugar entre los diferentes niveles. Sin embargo, el objetivo del autor no parece que fuese esbozar una “teoría del todo”, capaz de dar explicación a cada acontecimiento social, sino tan solo dilucidar las razones por las que el socialismo constituía (y constituye) una fuerza política tan desarrollada.

El trabajo de Salt, *La lógica del vegetarianismo*, no es, desde luego, una obra relevante a efectos del primer nivel hayekiano, pues si bien es cierto que el autor fue uno de los pioneros en la defensa de los derechos de los animales en el ámbito teórico, la finalidad de este libro en particular no es académica, sino divulgativa, con el objeto de hacer accesibles sus tesis al ciudadano medio; esto es, servir de nexo entre el primer y tercer nivel hayekianos.

La forma en que la sociedad concibe el mundo procede, pues, en último término, como apuntó Hayek, del ámbito de las ideas, por lo que todo cambio social que se desee emprender ha de comenzar en dicho nivel; así se inician los cambios de paradigma, de “cosmovisión”. A lo largo de la historia, la civilización occidental ha experimentado tres grandes cambios paradigmáticos en lo que respecta a la concepción que tiene el ser humano de sí mismo; todos ellos constituyeron duros golpes al orgullo de la civilización occidental. Sus impulsores fueron Copérnico, con su ataque al sistema geocéntrico planteado por Ptolomeo y el desarrollo de la actual concepción heliocéntrica; Darwin, con la aplicación a la biología del pensamiento evolutivo ya desarrollado en otras áreas, y Freud, con la introducción del psicoanálisis, que hizo más evidente, si cabe, la condición animal del ser humano. Si bien es cierto que las aportaciones de todos ellos hicieron temblar los cimientos de la concepción antropocéntrica, parece justo afirmar que el inicio de su fuerte transformación comenzó con los trabajos de Darwin, pues es a partir de los mismos cuando el ser humano no podía seguir mirándose al espejo como lo había hecho hasta entonces. El antropocentrismo de la sociedad predarwiniana y el actual es de naturaleza muy diferente, en la medida que este último asume la condición animal del hombre. Sin embargo, ello no es óbice para que nuestra civilización continúe siendo antropocéntrica, en cuanto que se mantiene una consideración moral superior del hombre respecto de los animales no humanos, lo cual, entienden, les legitima para someterlos a sus propios fines.

No obstante, la amplia inclusión de la cuestión de los derechos animales en el ámbito académico, es decir, en el primer nivel hayekiano, permite afirmar que se está iniciando un cambio de paradigma que puede acabar con el antropocentrismo hegemónico. Este cambio parece que nos dirige hacia una concepción sensocéntrica del mundo, por la

cual todo ser con capacidad de sentir ha de ser objeto de consideración moral; la línea de demarcación moral ya no es especista, esto es, ya no depende de la especie a la que pertenezca el ser (si es humano o no), sino de su capacidad de sentir. Señalaba J. Bentham en el siglo XVIII que «la cuestión no es, ¿pueden razonar? ni tampoco, ¿pueden hablar? sino, ¿pueden sufrir?», y parece que esta es la deriva que están tomando los teóricos animalistas contemporáneos. Ahora bien, si de algo han de sentirse realmente orgullosos los defensores de los derechos de los animales no humanos es de haber conseguido que la cuestión forme parte de la agenda de todo teórico político que se precie, desde el deber de compasión al que aludía J. Rawls hasta el utilitarismo de P. Singer. Así, toda propuesta moderna de organización social que eluda tratar el reconocimiento (o no) de tales derechos comienza a ser tachada de incompleta.

No obstante, resulta destacable el hecho de que el movimiento animalista esté siendo fagocitado por la ideología colectivista. El origen de este proceso no parece que tenga que ver con una cuestión puramente teórica, pues el antiespecismo no es más próximo al pensamiento colectivista tradicional (basado, esencialmente, en la relación capital-trabajo) que al individualista. Si bien es cierto que determinados autores están buscando las conexiones teóricas entre el colectivismo y el antiespecismo, parece que la gran vinculación no se produce en el primer nivel hayekiano, sino en el segundo.

Los pensadores modernos de la propaganda colectivista asumieron que su anterior estrategia, basada en la revolución, no tenía cabida en un entorno de Estados regidos por la democracia electoral y con instituciones públicas sólidas; no quedaba más, pues, que librar la batalla ideológica con el objeto de ganar en las urnas. Ahora bien, la identidad fundamentada exclusivamente en el clasismo era netamente insuficiente para lograr cambios de calado por la vía

democrática, lo cual, unido a la disminución de la base social a la que dirigir el mensaje del socialismo clásico por el auge de una nutrida clase media trabajadora, condujo a sus teóricos a entender la necesidad de incorporar nuevos sectores civiles a su movimiento. Si establecían una alianza entre su ideología y las minorías subalternas que plantean reivindicaciones concretas, incorporando en el ideario colectivista los intereses de tales grupos minoritarios, la articulación de diferentes sectores sociales les permitiría llegar a ser una fuerza política mucho más vigorosa. Sin embargo, esta estrategia ya tenía cierto precedente en la extensión de la lucha contra el capital a sectores que, en base a una estricta identidad de clase, no habrían podido conformar un sujeto político unitario; en palabras de R. Luxemburgo:

«A lo largo de toda la primavera de 1905 y hasta mediados del verano, fue fermentando en el conjunto del Imperio una huelga económica ininterrumpida de la casi totalidad del proletariado contra el capital. En la lucha se vieron envueltas todas las profesiones pequeñoburguesas y liberales, pero esta también se extendió al servicio doméstico, a los oficiales de policía de menor rango e incluso al estrato del lumpenproletariado. Además, de la ciudad se extendió al campo e incluso llamó a las verjas de hierro de los cuarteles».¹⁴

Como resultado, las minorías subalternas han encontrado en el colectivismo un poderoso aliado sobre el que apoyarse. La ideología colectivista se ha convertido en un movimiento extraordinariamente activo políticamente, con los grupos subalternos como cabezas visibles y un ideario desarrollado, en gran medida, por los teóricos socialistas. A estos efectos, el animalismo también constituye una minoría subalterna con reivindicaciones políticas concretas, si bien con la peculiaridad

¹⁴ Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Madrid, Siglo XXI de España, 2015.

de que sus activistas no son los sujetos que se encuentran en situación de subalternidad, sino que se actúa en su representación. Así, vemos cómo el colectivismo ha logrado incorporar el antiespecismo en su agenda política, mientras que el individualista no ha sido capaz de percatarse de la jugada de su adversario ideológico, oponiéndose sin más a las reivindicaciones de tal sector por el mero hecho de contar como aliado estratégico con el movimiento colectivista. Consecuentemente, el activismo individualista ha visto reducido su papel al de establecer un muro para impedir el avance del colectivismo, convirtiéndose en un movimiento reaccionario, profundamente conservador y carente de actividad social. Por este motivo, parece razonable pensar que los individualistas habrían de buscar puntos de conexión con las reivindicaciones del animalismo (y de otros sectores subalternos) para prestarles oportuno apoyo desde una óptica adecuada a su ideario.

En este sentido, para el individualismo, como para el trascendentalismo, la reforma de uno mismo es previa a toda reforma legislativa; la primera es la que da lugar a la segunda.¹⁵ El colectivismo, en términos generales, considera que el proceso puede ser el inverso, por lo que el papel del Estado es crucial para ellos. Sin embargo, parece que la intervención de este no resulta necesaria para el progreso moral de la sociedad. En la obra de A. Smith encontramos una concepción antropológica dual. Por un lado, en su *Riqueza de las naciones*, describe a un ser humano egoísta, que busca el beneficio propio, y al hacerlo favorece a la sociedad; por otro lado, en *La teoría de los sentimientos morales*, expone a un hombre casi antihobbesiano, empático y capaz de hacer suyas las preocupaciones del alter, posición que coincide con la del

¹⁵ «Para su propio pensamiento y obra escrita [de Emerson], resultaba crucial que toda reforma significativa fuese precedida por una reforma personal antes de poder ampliarse». Robert Richardson, *Thoreau, biografía de un pensador salvaje*, Errata naturae, 1ª edición, 2017, p. 142.

propio Salt en este libro. Esta es una postura compartida, en sus diferentes variantes, por la Escuela Escocesa, y, quizá, fue su maestro, F. Hutcheson, quien más influyó en la opinión de A. Smith:

«In fact, Smith was trying to build a notion of an inborn moral sense that was more basic and instinctual, and less abstract, than his former teacher's notion. He eventually found it in what he called "fellow feeling", a natural sense of identification with other human beings. When we see someone suffer, we suffer. When we see others happy and celebrating their good fortune, it raises our own spirits. To be a social creature, part of the world of men, is to experience the joy and sorrow, and the pleasure and pain, of others».¹⁶

Desde luego, la coordinación moral entre los individuos es un proceso que requiere tiempo, interacción y lucha ideológica, pero es concebible que el Estado sea prescindible en este ámbito. Más bien, al contrario, podría resultar perjudicial si impide, por ejemplo, la libertad de expresión necesaria para que los grupos en situación de subalternidad puedan expresar su descontento y este sea percibido por el hombre empático. En palabras de J. Mosterín:

«Reivindicar los derechos de los animales es fomentar un cambio en nuestra cultura. Este cambio corresponde a la expansión del círculo de la solidaridad y la compasión del que ya hablaba Darwin. Como herramienta retórica para impulsar dichos cambios la jerga de los derechos suele ser bastante eficaz».

Y, añade,

«El cambio de nuestros sentimientos morales de empatía y compasión conduce al cambio de nuestra consideración moral de

¹⁶ Arthur Herman, *How the Scots invented the modern world*, Three Rivers Press, 2001, p. 204.

otros grupos, lo cual a su vez (a través de la postulación de derechos para esos grupos) conduce a la reforma de la legislación».¹⁷

Parece, pues, concebible, que el antiespecismo de corte individualista pueda recurrir a la pedagogía social para “moldear” las preferencias morales de los sujetos que conforman la sociedad (y, en segundo término, alcanzar reformas legislativas), en lugar de utilizar la coacción institucional (para, en segundo término, lograr un cambio en sus preferencias morales), pudiendo así alcanzar el objetivo antiespecista manteniendo los principios en los que se fundamenta el ideario individualista.

En gran medida, los grupos subalternos, y en especial el animalismo, no conciben al colectivismo como un mero aliado temporal para alcanzar sus objetivos particulares, sino que se sienten parte de dicho ideario (con la excepción de ciertos sectores que defienden un proceso emancipador), y este es el mayor logro del trabajo desempeñado por los actores colectivistas del segundo nivel hayekiano. Los animalistas, con carácter general, entienden que el movimiento individualista y sus postulados constituyen una auténtica amenaza para sus reivindicaciones, considerando al orden capitalista un impedimento para la materialización de las mismas; el antiespecismo, quizá, debería considerar también las ventajas que podría obtener de establecer una alianza con la economía de mercado, que no se fundamenta más que en la interacción entre oferta y demanda, y, esta última, depende de las preferencias (morales) individuales. El dinamismo que caracteriza al orden capitalista permitiría una adaptación gradual de la estructura productiva a las nuevas preferencias; y, al ser gradual, no se produciría un *shock* económico del que

¹⁷ Jesús Mosterín, en la *Introducción* a Henry S. Salt, *Los derechos de los animales*, Los Libros de la Catarata, colección Clásicos del Pensamiento Crítico, 1999, p. 20.

debamos preocuparnos. El propio Salt recoge, en esta obra, una concepción similar a la que aquí apuntamos:

«Los bienes que has mencionado están siendo proporcionados a través de sustitutos del reino vegetal. Lentamente, y con indecisión al principio, como es inevitable mientras el número de vegetarianos sea tan bajo; pero las botas vegetarianas, el jabón vegetariano y las velas vegetarianas ya están en el mercado, y, a medida que el movimiento se extienda, la demanda será proporcionalmente mayor. Por lo que te ruego que no te alarmes por la deslocalización del comercio, por el cambio, tan grande como sea, pues pasará desapercibido y no será inconveniente para ninguno. La humanidad no es tan incapaz, tan poco creativa, tan literalmente “rígida”, como para permitir que su progreso dependa de pieles, huesos e intestinos».¹⁸

Además, este cambio de preferencias daría lugar a otro efecto dentro de un entorno de libre mercado, que es la paulatina reducción del precio relativo de los nuevos productos a medida que la estructura productiva los fuese asimilando. Henry también se percata de este hecho en su obra *A plea for vegetarianism*: «if Vegetarian principles were more widely understood and practised, there would be a much larger supply of cheap and wholesome food within the reach of our lower orders».¹⁹ Por el contrario, mediante una economía dirigida, el movimiento animalista se encuentra sometido al albur de las preferencias del planificador social de cada momento. Si algo distinguió a Burke de la Escuela Escocesa fue el énfasis que hizo en el hecho de que el sistema económico no es más que producto de unos postulados morales previos, de modo que, si se desea alcanzar una hipotética sociedad antiespecista, los animalistas, quizá, también habrían de prepararse para la defensa moral del orden capitalista.

¹⁸ Henry S. Salt, *La lógica del vegetarianismo*, Ediciones Amanuel, 1ª edición, p. 141.

¹⁹ Henry S. Salt, *A plea for vegetarianism and other essays*, The Vegetarian Society, p. 41.

En definitiva, *La lógica del vegetarianismo* juega un papel esencial dentro de esta batalla por la cosmovisión. El primer nivel, como hemos comentado, se encuentra ya, en cierta medida, impregnado de las tesis antiespecistas, por lo que la tensión parece que se centra ahora en el segundo nivel hayekiano, esto es, en trasladar a los ciudadanos las reivindicaciones correspondientes. La obra de Henry S. Salt que nos concierne es, y siempre será, uno de los grandes baluartes en este nuevo contexto que se aproxima.

Carlos Tuñón